



**Karenth Andrea Forero Sánchez
y Angie Andrea Arango Orejuela**

Estudiantes de la Maestría en Desarrollo
Educativo y Social CINDE-UPN, en la línea
de Subjetividad y Socialización Política

Correos electrónicos:
angieandrearango@gmail.com
karenth76@hotmail.com

*Polisemia de las juventudes: una lectura
desde las políticas del acontecimiento*

Jorge Eliécer Martínez Posada
Bogotá: Antropos-CINDE, 2014.

En el presente escrito se presenta el texto *Polisemia de las juventudes: una lectura desde las políticas del acontecimiento*, de Jorge Eliécer Martínez Posada (2014), en el que se da a conocer una lectura desde la teoría social contemporánea a partir de la pregunta: ¿Qué se entiende por *juventud*?, para su comprensión, el autor propone recuperar y enlazar las teorías de la juventud construidas desde diferentes disciplinas sociales (la antropología, la sociología, la psicología, la pedagogía y la historia).

En las consideraciones de Martínez (2013), a partir de lo que Feixa (2006) denomina *teoría social de la juventud contemporánea*, se despliegan una serie de reflexiones dialógicas entre los cambios sociales, las nuevas prácticas teóricas en diferentes disciplinas como andamiajes para pensar la categoría de juventud desde su historicidad y complejidad.

Las disciplinas anteriormente mencionadas permiten el análisis de las representaciones colectivas juveniles que dinamizan y transforman el campo social; las ciencias sociales, como lo menciona Wallerstein (2006), reinsertan el tiempo y el espacio como realidades físicas cambiantes dentro de las que existe el universo social y, en virtud de su devenir histórico, permiten superar la separación artificial propia

del siglo XIX entre los mundos político, económico, social y cultural en los que se desarrolla la acción humana y las relaciones se entretajan. En relación con las diferentes fluctuaciones de los contextos dinámicos, Joaquim Prats afirma: “Esos aspectos y sus relaciones de interdependencia acaban fabricando un ente inmaterial que es eso que denominamos (convencionalmente) lo social y que ampara al mismo tiempo al ser individual y sus múltiples creaciones en colectividad” (s. f., p. 8).

En la actualidad, Martínez afirma que las ciencias sociales han estudiado la categoría juventud, en tanto categoría social que coexiste y se articula a una estructura (2013, p. 151), donde se transforma constantemente, y evidencia, a su vez, las mutaciones y los polimorfismos de lo culturalmente establecido: una industria alrededor del cuerpo, de la uniformidad, de la existencia estereotipada así como de la comunicación, que genera grandes tensiones entre las manifestaciones juveniles y las formas de interpretación desde los marcos de referencia panópticos y conservaduristas (p. 63) de la visión *adultocéntrica*.

La mirada adultocéntrica supone una lectura de lo joven desde un lugar periférico, que particulariza lo juvenil, encasillando sus formas

existenciales bajo las etiquetas de “irresponsables”, “irreverentes”, “indisciplinados” y “grupo social de riesgo-amenaza”; a su vez, reafirma en los jóvenes una promesa de futuro, condicionada por el tránsito de esa condición *inconsciente del mundo*, bajo la interpretación adulta, hacia el lugar de la “responsabilidad”, la “disciplina”, la “productividad”, la “civilización” y la conciencia adulta. Costa, Pérez y Tropea (1996) dan cuenta de las múltiples posibilidades y reflexiones que encierra ese contrasentido alrededor de la juventud: “De un lado, se presentan como promesa de futuro, los que han de mantener la continuidad de la civilización, pero de otro, son vistos como una amenaza en la medida en que pueden traicionar los valores de sus padres” (citados en Martínez, 2013, p. 154), lo cual, y de manera ejemplificante, presenta Víctor Gaviria (1990) en la figura indestructible del *no futuro*, como aquel grupo de *muchachos* de callejuelas pendientes y destapadas, atrapados entre el *punk*, los amantes paupérrimos, el desempleo, los cadáveres, las armas, el bazuco y el alcohol de Medellín de finales de los ochenta y principios de los noventa.

En ese orden de ideas, el joven y sus dinámicas aparecen, según Martínez, “por una propensión a entrar en conflicto con las estructuras adultas, depositarias de normatividad y

estabilidad social” (2003, p. 50); en suma, se enfrenta a una situación en la que existe una discordancia entre los objetivos sociales y los medios legítimos adultocéntricos para realizarlos; surge entonces la pregunta: ¿Qué es aquello por lo que vale la pena esforzarse si, como lo enuncia Touraine (1999, citado en Martínez, 2013), las voces se levantan para enunciar la incredulidad actual en el progreso?

Robert Merton (1965), en sus explicaciones respecto a la cohesión del sistema social, propone cinco tipos de adaptación a partir de la combinación de medios y fines en el marco de la anomia como hecho colectivo: el conformismo, el ritualismo, la evasión, la innovación y la rebelión. En estas formas de acción, se debate entre las aspiraciones culturalmente prescritas y los caminos socialmente estructurales para llegar a ellas; lo definido y lo sustentado como legítimo arraigado a las costumbres e instituciones permisibles y la resistencia a la norma reguladora.

El ejercicio de resistencia ante las relaciones de poder existentes agencia la producción de sujetos activos y libres. Comprender al sujeto desde su propia creación difiere, en gran manera, de percibir según los estándares de otras etapas de la vida, puesto que los marcos de

referencia varían y las conclusiones o apreciaciones que se hagan pueden no tener un componente *includente*, sino, por el contrario, *excluyente*; pensar al joven como un sujeto dinámico y con posibilidades rompe la idea de un joven que continuamente necesita instrucción para constituirse como ser. Reguillo (1999) considera que los colectivos juveniles inmersos operan de forma contraria a lo propuesto; por tanto, las nuevas formas de inserción en el espacio público despliegan un conjunto de estrategias para resistir o negociar con el orden estructural.

En relación con la comprensión del mundo social, la juventud, como categoría enunciativa individual y colectiva, no es susceptible de ser comprendida exclusivamente a partir del ciclo temporal del desarrollo biológico, fisiológico y comportamental, cercano a una lectura *lamarckista*,¹ sino que convoca análisis basados en el reconocimiento de la pluralidad de dinámicas juveniles y su consiguiente configuración reforzada por los modos de pensar, sentir y actuar en un periodo histórico particular. En

1 El *lamarckismo* se relaciona con la teoría de la evolución formulada por Lamarck en el siglo XIX, en su libro *Filosofía zoológica*. Con ello, se adelanta a la formulación de Darwin sobre la selección natural. Aquí es retomado el concepto porque la visión de desarrollo evolutivo, aparte de las consideraciones cognitivas, guarda relación con la transformación natural de la especie, no solo en términos de evolución general, sino desde las particularidades fisiológicas acordes con el ambiente.

ese marco, la colectividad posiciona un lente de abordaje a las preguntas: ¿Qué nos ocupa al pensar en la juventud? ¿Qué postura asumimos al pensar la juventud?

Es importante advertir que, en este contexto, las etiquetas cumplen el rol instaurador de lugares y significados de la experiencia joven. El encasillamiento expone un fuera de lugar que intenta ingresar al joven al lugar adulto; es decir, conducirlo de su periferia social a un centro generacional, aunque es importante decir que precisamente la interpretación del sujeto joven no se reduce a la categoría estándar de generación a razón de las dinámicas sociales y culturales que lo diferencian de otros grupos etarios, no por variables fisiológicas, sino en virtud de la constitución de sus subjetividades. A partir de lo cual, mientras el sujeto adulto se ha dispuesto como guardián del orden social y los valores modernos de progreso y civilidad, el joven se enfrenta al desafío de encontrar su centro y tener elementos críticos para la narración de sí mismo y la participación política que se autoconfiere.

Existen significados culturales que se manejan respecto de ciertos colectivos e instituciones, como las ideas aglutinadas en torno a la categoría de juventud. Las

significaciones más recurrentes en los imaginarios simbólicos acerca de lo juvenil se articulan a la proscripción y la criminalización o a su *juvenilización* y consumismo. En cuanto al consumismo, este se relaciona con un neohedonismo que hace de los jóvenes sujetos “devenidos del mercado y del consumo” (p. 51); en suma, “sujetos aligerados” que no comprenden su propio accionar. Al respecto, Beck considera que “la temática de los estilos de vida alternos al mundo industrial, estructurada al cambio simbólico y estructural supone una liberación de los individuos del enjaulamiento de las instituciones, significa el renacimiento de conceptos tales como: acción, subjetividad, conflicto, saber, crítica y creatividad” (1996).

Al conceptualizar la categoría de juventud a la luz de su reestructuración, la inestabilidad de las estructuras y las particularidades de las experiencias de vida juveniles, adquiere una dimensión polimórfica y polisémica; ya no solo refiere o indica un elemento de ciclo evolutivo desde la biología, como se indicó anteriormente, sino que emerge como agente de construcción y desarrollo configurado desde la comprensión de las diversas formas de organización, nuevas maneras de sociabilidad, los procesos de identificación de sentidos y significados, así como las formas de resistencia; lo que indica un modo de

subjetividad diferente en un mundo globalizado. Como se ha reiterado, el concepto de juventud ha pasado por varios procesos: primero, por una visión biológica; segundo, por una visión económica y de producción. Actualmente, adquiere mayor sentido movilizar su comprensión en tanto construcción social (Alpízar y Bernal, 2003).

Se ha utilizado la definición de juventud como: “una etapa de la vida dedicada a la preparación para el ejercicio de los roles ocupacionales y familiares adultos” (González y Caicedo, 1995), pero esta definición es arcaica y propia de las formas radicales de observación; hoy la juventud es pensada desde la posmodernidad, desde las lógicas dialécticas y construccionistas, en este orden, Taguenca afirma que la juventud “transforma radicalmente su deber ser joven presente en función de su deber ser adulto futuro [...] es una inversión del componente afirmado y negado. En efecto, aquí lo importante no es lo que el joven llegará a ser: un adulto, sino lo que ya es: un joven” (2009, p. 162). Esta perspectiva hace que se visibilice este periodo como algo ubicado en el presente y no en función de una construcción hacia el futuro productivo correspondiente a una lógica capitalista.

El concepto de colectividad, discriminando la lógica de la

simbología imaginaria respecto al concepto, permite entender que hay individuos que conforman una organización con criterios propios, significaciones y apropiaciones con esquemas diferentes a los tradicionales.

Plata (2009), respecto a las construcciones humanas que poseen significado, considera, como Emile Durkheim, que los seres humanos construyen tanto relaciones (lazos sociales) como estrategias cognitivas diferentes. De igual manera, piensa que hay un doble proceso de “individualización y socialización que genera humanidad, a la vez que emerge la cultura. Solamente mediante tales narrativas compartidas y acciones sociales compartidas se construye el sentido” (2009, p. 265).

Para abordar el concepto de juventud, Martínez destaca la importancia de pensar el colectivo joven, desde su existencia en tanto tiempo y espacio (cronotopo) configurante de formas de sociabilidad, procesos de identificación y relaciones sinérgicas en un contexto globalizado, tecnificado y mediático (2013, p. 150), productor de subjetividades. A propósito de lo anterior, este documento ha pretendido resaltar la importancia de conceptualizar desde una lectura histórico-crítica

las diversas perspectivas sobre la juventud, lectura que invita a entender que las condiciones sociales no son estáticas, sino que, como se indicó anteriormente, generan en su devenir una colectividad de sujetos dispuestos desde diferentes posturas. Así como los fenómenos sociales se complejizan, también se debe complejizar su análisis, significación y comprensión de los grupos.

Canteras (2003) considera que la sociedad que se está construyendo requiere de una forma compleja de interpretarse, puesto que las culturas juveniles hoy son reconocidas como grupos de participación plural, diversificados y activos; ello se relaciona con lo planteado por Feixas y Porcio, quienes consideran que, en un sentido amplio, las culturas juveniles expresan las experiencias de manera colectiva en espacios libres o “interstiales de la vida institucional” (2004, p. 9).

Tal vez, desde el marco de referencia del adulto, se considera solo una forma de participación marcada por una construcción del Estado bipartidista; sin embargo, Félix Rodríguez afirma que las culturas juveniles no tienen una configuración lineal y que, por tanto, el término genérico de cultura juvenil implica desfigurar la idea de la invisibilización y buscar su comprensión debido a sus múltiples

formas de organización, estilos de vida y continua dialéctica como buscador de legitimidad en su propio ser (Rodríguez, 2002).

Los jóvenes no muestran su inconformidad de manera banal; hoy se tiene la evidencia, desde la perspectiva construccionista e interpretativa, de que se han formado en movimientos con el fin de reclamar sus derechos; espacios que implican, cada vez más, la atención del Estado, y procesos de socialización que configuran desde la academia otra forma de evidenciar las propuestas, las políticas e, inclusive, las formas de acercamiento. Por ejemplo, en España, durante los años sesenta y ochenta, surgieron movimientos militantes juveniles en oposición al régimen franquista, que reclamaban libertades; hoy, en Colombia, existen movimientos estudiantiles y, por supuesto, acciones unidas a las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) que hacen del joven de hoy un sujeto activo, creativo y constructor del Estado y la nación.

La acción política es una creación doble que recibe la nueva distribución de los posibles y trabaja para su consumación en las instituciones; en los agenciamientos colectivos que, según Lazzarato (2006), corresponden a la nueva subjetividad que se ha expresado en el

acontecimiento, la política representa un sistema rígido de normas para los jóvenes, ante la cual suelen activar otra red de creencias y mecanismos de participación, mediante la estética, la música, sus estilos de vida y experiencias reivindicativas de su sexualidad, como formas de manifestar su ser político. En relación con este aspecto, la comprensión de la sexualidad implica una visión política de la legitimidad, la naturaleza y la resignificación del papel de la intimidad en la construcción de cada ser. La sexualidad aparece como una búsqueda de horizontes de autocuidado en relación con la posibilidad, la democracia y la participación.

Flórez y Muñoz (2002) consideran que los jóvenes, con respecto a las nuevas tecnologías de la información, aún “flotan” en un fluido de posibilidades que los arrastra sin poderse sujetar de ninguna de ellas. Es discutible la forma como se perpetúan las interpretaciones respecto de las maneras de conocer

el mundo y construir la realidad; pese a ello, planteamientos como los de Alba (1997), Avello-Flórez y Muñoz (2002) y Espín Martín (2002) consideran que los jóvenes participan de las culturas tecnológicas y que, a su vez, hacen retroalimentación de los elementos que están a su alrededor, lo cual les permite identificarse, constituirse y consolidarse. Por último,

este libro debe ser visto, en consecuencia, como una posibilidad de debate en torno a todos aquellos temas que en cuanto a juventud nos ocupan. Nos encontramos ante una categoría social que nos desafía constantemente; nuestro sentido, interés y trabajo debe orientarse hacia la investigación, la comprensión, la mediación. La ardua y urgente labor debe concentrarse por lo tanto en poder responder a los desafíos constantes, con miras a refinar nuestra percepción, a posibilitar su participación y a orientar su posibilidad de ser y estar en el mundo. (Martínez, 2014)

Referencias

Alba, G. (1997). La generación incógnita, un decálogo sobre los jóvenes de los 90. *Universitas Humanística*, 46, 99-116.
Alpízar, L. y Bernal, M. (2003). La construcción social de las

juventudes. *Última Década*, 19, 1-20 Recuperado el 31 de mayo de 2014 de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19501907>
Avello-Flórez, J. y Muñoz, A. (2002). La comunicación desamparada.

- Una revisión de paradojas en la cultura juvenil. En F. Rodríguez, *Comunicación y cultura juvenil*. Madrid: Ariel.
- Beck, U. (1996). Teoría de la Sociedad en Riesgo. En J. Berian (Comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Madrid: Anthropos.
- Canteras, A. (2003). *Sentido, valores y creencias de los jóvenes*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- Espín Martín, M. (2002) La imagen de los jóvenes en los medios de comunicación: la noticia al espectáculo. En F. Rodríguez, *Comunicación y cultura juvenil*. Madrid: Ariel.
- Feixa, C. (2006). Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4 (2). Recuperado el 2 de marzo de 2014 de http://www.redligare.org/IMG/pdf/teorias_juventud_era_contemporanea.pdf
- Feixa, C. y Porcio, L. (2004). Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2003). *Revista de Estudios de Juventud*, 64.
- Flórez, J. y Muñoz, A. (2002). La comunicación desamparada. Una revisión de paradojas en la cultura juvenil. En R. Félix, *Comunicación y cultura juvenil*. Madrid: Ariel.
- Gaviria, V. (Director). (1990). *Rodrigo de No futuro* [Película]. Colombia.
- González, G. y Caicedo, M. (1995). *La intervención social en las subculturas juveniles urbanas en Latinoamérica*. Precongreso del V Congreso Nacional de Pedagogía Lasallista, Medellín.
- Lazzarato, M. (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Martínez, J. E. (2013). *Polisemia de las juventudes: una lectura desde las políticas del acontecimiento*. Bogotá: Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde).
- Merton, R. (1965). *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica. Recuperado el 31 de marzo de 2014 de <http://archivosociologico.files.wordpress.com/2010/04/robert-k-merton-teoria-y-estructura-sociales-analisis-estrutural-en-sociologia.pdf>
- Plata, J. (2009). Confianza: el reto para las ciencias sociales. *Revista de Derecho Universidad del Norte*, 31, 259-279.
- Prats, J. (s. f.). *Las ciencias sociales en el contexto del conocimiento científico. La investigación en Ciencias Sociales*. Recuperado el 31 de mayo de 2014 de <http://www.ub.edu/histodidactica/images/documentos/pdf/prats-%20que%20so%20las%20ccss.pdf>
- Reguillo, R. (1999). Poderes sedentarios narrativas itinerarios. Notas sobre políticas de identidad. *Nómadas*, 10.
- Rodríguez, F. (2002). *Comunicación y cultura juvenil*. Madrid: Ariel.

- Taguenca, J. A. (2009). El concepto de juventud. *Revista mexicana de sociología*, 71 (1), 159-190.
- Wallerstein, I. (2006). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la comisión Gulbekian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.